

El investigador como autor:

Las nuevas formas de decir lo cultural

Carmen Obregón*

Este artículo provoca la reflexión sobre el papel del investigador como autor de un texto. Esta es una reflexión sobre el complicado sistema de interpretaciones y análisis que el investigador en Ciencias Sociales debe considerar en el ejercicio de compartir con otro el trabajo cotidiano y lo complicado que la argumentación de las ideas representa frente a una hoja en blanco.

This article stimulates reflection about the position adopted by an investigator as the author of a text. It is an examination of the interpretation and analysis complex systems that should be consider by the social sciences researcher when sharing with others his/her everyday work, and a reflection on how complicated to state arguments for one's ideas may be when seated in front of a piece of paper.

* MEXICANA. Es catedrática de la Universidad Iberoamericana León y cursa la Maestría en Comunicación con Especialidad en Difusión de la Ciencia y la Cultura. carmen.obregon@leon.uia.mx

I. Introducción

Inmersos en el cambio

Actualmente fundamos cosas en tierra movediza. Estupefactos espectadores y arrebatados protagonistas, somos a la vez testigo y parte de acelerados cambios en cuestión de tiempos y espacios. Entre otros aspectos, las formas se han desbordado. Y es en este trastocamiento de los contornos en la interpretación y producción del discurso científico que pretendo situar este trabajo, basado fundamentalmente en las concepciones de algunos autores de la antropología posmoderna.

Con respecto a los tiempos, la investigación de lo propiamente actual agudiza la complejidad de la tarea. La terminación de periodos aumenta su inteligibilidad porque al desplazarse en la historia la distancia en el tiempo entre el investigador y su objeto, el primero adquiere una perspectiva que le permite comprenderlo de una manera diferente.

Al igual que en otros momentos de la historia, cohabitamos contextos pasados y presentes que se mezclan. Nuestra contemporaneidad se caracteriza por un desarrollo desigual en niveles de cambio y transición, que requiere de las conexiones con el pasado tanto como de las novedades del presente y del futuro.

Lo actual se caracteriza también por la coexistencia de tendencias psicológicas; de lógicas sólidas y fluidas; de formas simbólicas varias; de estadios de la comunicación; de zonas de transición que incluyen procesos de descomposición, bifurcación y avance.

En lo que atañe a espacios, nos encontramos situados entre poderosos sistemas de significado. Tenemos puestas nuestras preguntas en las fronteras entre civilizaciones, culturas, clases, razas y géneros. Estamos inmersos en procesos de decodificación y recodificación; orden colectivo y diversidad; inclusión y exclusión; innovación y rigidez en la

estructuración.

El análisis cultural se circunscribe dentro de movimientos globales de diferenciación y poder. Los límites en la vida cultural de los pueblos se desdibujan; las formas de vida se influyen, dominan y traducen unas a otras en forma creciente.

Y como todo su contexto, los campos disciplinares se redefinen. Pierden cimientos considerados anteriormente como inamovibles. En el fenómeno emergente de la interdisciplinariedad, las ciencias han cuestionado sus fronteras y sus géneros, derivándolos de fuentes históricas, literarias, antropológicas, políticas y filosóficas, según sea necesario; y su impacto se extiende a muchos campos donde la cultura es un nuevo y problemático objeto de descripción y de crítica.

“Para hacer algo interdisciplinariamente no basta con escoger una materia (o un tema) y reunir a su alrededor a dos o tres ciencias. La interdisciplinariedad consiste en crear un nuevo objeto que no pertenece a nadie” (Barthes, 1984, p. 99); o bien desarrollar nuevas formas de acercarse a los tradicionales objetos de análisis. Al ser en sí misma también cambiante, exige del investigador una redefinición de los campos, desde los problemas específicos hasta las teorías generales que en muchos casos se habían distanciado del mundo al que intentaban describir. “El límite se convierte en instrumento y objeto de investigación a la vez” (Foucault, 1989, p. 32).

El trabajo de intelectuales e investigadores no constituye una excepción; la crisis epistemológica en que esta interacción se encuentra envuelta, reta a todo escritor en humanidades y ciencias sociales “a repensar la poética y las políticas de la invención cultural” (Clifford, 1986). Muchos de ellos han publicado escritos que van más allá de la disertación sobre sus tesis y están involucrados en proyectos bastante diferentes del trabajo que originalmente caracterizaba a su profesión.

En este marco sus tareas resultan más sofisticadas e implican mayores retos. La práctica se convierte en el motor de la innovación (Marcus, 1986, p. 166), y se define a través de su constante ajuste a las demandas científicas, culturales y sociales.

2. La construcción del objeto

¿De dónde surgen los problemas en este proceso de representación cultural contingente, histórico y contextualizado? ¿Qué determina las preguntas? Sin duda es algo que va más allá de percibir una laguna en el conocimiento. Se trata de una realidad construible. Es el investigador quien hace pensable a su objeto.

Lo que afirma Michel De Certeau para el historiador, bien puede extenderse a todo estudioso de las ciencias sociales quienes "...reciben de la misma actualidad los medios para realizar su trabajo y los elementos de determinación de su interés" (1985, p. 25).

No podemos continuar bajo la pretensión de escribir sobre "otros", dondequiera que esta "otredad" se sitúe, como si se tratara de objetos o textos inconexos. La cultura no constituye un objeto científico en espera de ser descrita (asumiendo que estos objetos existiesen, aún en las ciencias naturales), ni un sistema unificado de símbolos y significados que pueden ser interpretados en forma definitiva. La cultura y nuestra forma de aprehenderla es temporal, emergente (se produce históricamente) y activamente contextualizada. Todos los campos del saber humano atraviesan esta fase de abandono de lo particular y lo aislado y se enzarzan en la búsqueda de sus contextos; la teoría de sistemas y la pragmática pueden servirnos de ejemplo.

Tampoco las culturas se están quietas para que se les haga un retrato. Los intentos por fijarlas siempre implican simplificaciones; la selección

de un enfoque temporal; la construcción de un tipo particular de relación entre el sujeto y el objeto, y la imposición o negación de una relación de poder. De aquí el importante proceso de teorización sobre los límites de la representación misma, sobre los que ahondaremos a continuación.

Desde este enfoque relacional de la cultura como un proceso comunicativo, su interpretación se localiza en medio de toda clase de contextos recíprocos, y obliga al autor a encontrar diversas formas de reordenar realidades negociadas, multisubjetivas, circunscritas por relaciones de poder, e incongruentes (Clifford, 1986, pp. 10-15). Toda empresa investigativa debe ser reflexiva y relacional: pensar su objeto como multidimensional, colocado en el permanente diálogo con su nosotros y con sus otros.

Así, tanto la interpretación del investigador como su libertad de expresarla en el discurso escrito de su quehacer se producen bajo restricciones que se constituyen en sistemas complejos que podríamos de alguna manera resumir en:

- Contextuales, cómo se deriva y crea un significativo entorno social; construcción contextual de sentido.

- Retóricas, porque hace uso y es usado por modos expresivos convencionales, de los que los métodos de análisis pueden hacer una anatomía detallada. Toda representación de la realidad está determinada por estructuras verbales sistemáticas y situacionales. Aunadas a ellas están las restricciones más generales del lenguaje, ya que las “traducciones” entre culturas tienen lugar dentro de relaciones entre unas lenguas débiles y unas fuertes que gobiernan el flujo internacional del conocimiento.

- Genéricas, usualmente los escritos de estas disciplinas tienden a organizarse de forma similar; patrones y componentes sintácticos

proporcionan estructuras al significado.

- Institucionales, se escribe dentro y a favor o en contra de determinadas tradiciones, disciplinas, teorías; fuerzas concretas como sentidos de pertenencia, cánones, influencia ejercida por las autoridades, desigualdades de poder, que no pueden evadirse. Comunidades de sentido a las que se pertenece.
- Políticas, distribución desigual de la autoridad para representar realidades culturales; el papel de factores políticos en la parcialidad discursiva.
- Históricas, cambio constante de todas las restricciones y convenciones anteriores. Relación que se establece entre tiempos y lugares y los discursos que ahí se producen. La investigación que aprende a historizar sus objetos y el orden de su configuración.

El conjunto de estas restricciones constituye una realidad culturalmente construida, no natural, que marca diferencias sustantivas. La diversidad cultural afecta al entendimiento mismo, a nuestras nociones sobre lo humano y lo social y a las categorías de su análisis; aún a la forma en que los sentidos se ordenan jerárquicamente (en algunas culturas predomina lo visual sobre el sonido y la interlocución, o sobre el tacto, olfato o gusto). Esta información se transmite; estos y muchos otros aspectos de la cultura se comunican.

Pero debemos ir más allá del lugar común en el discurso de lo plural y recobrar el significado auténtico de la diversidad cuyo reconocimiento, en esta era de aparente homogenización, usualmente ignora sus implicaciones prácticas.

Como parte de estos sistemas que le han conformado los procesos de pensamiento, las experiencias personales del investigador son finalmente

reconocidas como centrales dentro del proceso mismo de investigación. Parece como si se soltaran poco a poco de la firme restricción de los estándares impersonales de la observación y la distancia objetiva.

Lo que antes aparecía en las notas privadas, en la “hoja izquierda” de los diarios, sale a la luz provocando “desbordamientos inquietantes como diría Derrida” (Lourau, 1989, p. 69).

Estados de verdadera confusión, sentimientos o actos violentos, censura, fallas importantes, cambios en el curso de la investigación y el placer mismo fueron por mucho tiempo excluidos del informe publicable. Sin embargo, los límites empiezan a romperse y de pronto los investigadores empiezan a escribir en formas que perturban el prevaeciente balance entre la subjetividad y la objetividad. Alejándose cada vez más de una retórica de lo objetivo, desplazándose hacia la autobiografía y el autoretrato (en algunos casos hasta irónico), el analista como personaje accede a una posición central, constitutiva, inescapable. Atendemos al surgimiento de un investigador integrado a la investigación, sujeto del proceso que desencadena.

No existe un corte real: la operación científica y el objeto investigado se alternan recíprocamente; las acciones del autor se enfrentan a la resistencia de su material, la relación se invierte, se desplaza en términos de sus postulados iniciales, avanza. Sujeto y objeto son parte y producto a la vez de un complejo sistema de acercamientos a cargo del investigador. La hermenéutica (Ricoeur, 1995, pp. 83-100) nos recuerda que hasta la más sencilla descripción cultural es una creación intencional, que los intérpretes constantemente se construyen a partir de esos otros a quienes estudian.

“No debe sorprendernos que el problema abierto por la irrupción del otro en los procesos científicos aparezca igualmente en sus objetos” (De Certeau, 1985, p. 58). Al estudiar al otro, mi yo es cuestionado en

formas inusitadas. En la época posmoderna, ninguna identidad es estable y ni está seguramente resguardada.

Contábamos antes con un otro claramente definido, ahora es otro en relación con el yo, y un yo como otro. Cualquier versión del otro lo es también de la construcción del yo. El investigador debe captar la naturaleza de las relaciones que mantiene con su objeto, porque el discurso destinado a hacer observable ese otro es “su” discurso, y un fiel reflejo de su operación, en un sistema en el que la investigación tiene y hace su propia historia.

En términos cognitivos, sus experiencias de investigación dan forma a la manera en que el investigador piensa y se expresa sobre sus proyectos y los objetos bajo su estudio. El carácter construido del conocimiento hace que el primero reorganice y modifique su acercamiento a medida en que este va siendo mayor y siempre afectado por esta misma aproximación donde lo antes ignorado aparece paulatinamente.

El modelo discursivo proporciona una base para la comprensión del proceso de construcción y reconstrucción de identidades operante dentro de un contexto social, unas relaciones, necesidades materiales, restricciones prácticas, que interactúan con elecciones personales.

El intelectual se ha hecho cargo progresivamente de la posibilidad de que sus propios modos de pensamiento no sean necesariamente los únicos válidos. No cabe duda de que nos encontramos ante un sincero reconocimiento de la pluralidad en las perspectivas alternativas sobre la verdad y lo real; ante la idea de que debemos aproximarnos a creencias y comportamientos como susceptibles del equívoco humano.

Admitir cómo el poder y la historia (o las historias personal, social, cultural, etc.) penetran los textos en formas en que los autores son incapaces de controlar del todo, hace que estas verdades resulten

inherentemente parciales, comprometidas e incompletas (exclusión deliberada y/o retórica) y por tanto no sujetas a claros estándares de verificación, que por otra parte pierden su importancia bajo una nueva concepción de ciencia.

¿Pueden estos autores reconciliar alguna vez las demandas de ideología y deseo con las necesidades de la teoría y la observación?

3. Escribiendo

“¿No están todos los desempeños retóricos de la etnografía determinados por la necesidad de contar una historia efectiva?” (Clifford, 1986)

De esta manera, y siguiendo lo propuesto por Michel De Certeau para la historia, el discurso escrito de las ciencias sociales se caracteriza por su singularidad (imposibilitado de una sistematización totalizante se considera esencial al problema), su historicidad (inserto en un contexto, imposible de comprender separado de éste), e íntimamente relacionado con la práctica de sus autores, porque constituyen su resultado o su producción (1985, pp. 33-52).

Por ello, los movimientos actuales exigen del discurso científico una consciente exposición de estas condiciones. Pero no basta con que el investigador se autoaclare y evidencie ante sus futuros lectores los límites y restricciones de su producción; se trata de un complejo proceso de autoreflexión. Se trata de un serio debate sobre la construcción de identidades y relaciones consigo mismo y con los otros que pruebe sus posturas y todo informe como ineludiblemente parcial. De una realidad interpretada como un todo interactuante, donde ningún elemento por si solo es causa determinante de otro. Y se trata también de confrontarlas con seriedad en el proceso de elaboración de los textos que se difundirán

con respecto a sus resultados.

Más allá de su compromiso con esta escrupulosa descripción, las tendencias a las que se hace alusión (como la crítica cultural en Antropología, por ejemplo) demandan que la situación pueda ser explorada en su totalidad por el lector: es necesario que el investigador ponga de manifiesto los varios ángulos de aproximación que convergen en ella, algunos compatibles, otros opuestos, con la tendencia dominante y/o con su particular interpretación (Marcus, 1986, p. 116). Descubrir, hacer visibles al lector, otras perspectivas y posibilidades, con la premisa de que las propias pueden resultar mejor entendidas bajo su luz. Así, todo intento serio debe incluir, además de la descripción de su postura en relación con su objeto, el planteamiento explícito de alternativas a aquello que se está proponiendo.

Aún más, frente a la necesidad de reconocer las implicaciones históricas y políticas de su discurso, el autor debe tener en mente la posibilidad de múltiples recepciones por parte de sus lectores y la relevancia que su trabajo puede tener para otros posibles discursos. Dentro de estos modos de hacer investigación, el autor de hoy asume también la responsabilidad de defender la significatividad de sus proyectos particulares, porque la "sombra" de una teoría general "objetivamente verdadera" ya no lo hace por él.

En cuanto a estilos, las formas convencionales de escribir están siendo desbordadas.

La voz del autor estuvo siempre manifiesta en la posibilidad de percibir su acento distintivo; pero las convenciones de la presentación textual -discursiva- y de la lectura impedían una conexión verdaderamente cercana entre el estilo del autor y la realidad representada. La subjetividad del autor era artificialmente separada de la referencia objetiva del texto y, en el mejor de los casos, su voz era vista como su estilo en un sentido

débil, un tono, o una forma de embellecer la información presentada.

Anteriormente, todo género eliminado de la ciencia, o no meritorio de este título, era clasificado bajo la categoría de literatura. Los textos literarios eran considerados de entrada metafóricos, alegóricos, compuestos de invenciones y no de hechos observables; esta etiqueta aludía a emociones y especulaciones y, por supuesto, al genio subjetivo de sus autores. Ahora, en cambio, el significado de la investigación no está ya en una realidad revelada en la observación sino en un análisis de organizaciones de sentidos implicados por operaciones interpretativas. En “la relación entre el sentido que se ha convertido en un objeto, y el sentido que permite actualmente comprenderlo” (De Certeau, 1985, p. 52).

Ensayos e informes de campo autoreflexivos emergen como subgénero en estas disciplinas. Esta narrativa a la vez sofisticada e ingenua, confesional y analítica, hace que el discurso de lo social y en particular el del análisis cultural, no sea ya exclusivamente el del observador experimentado, y se ensayan nuevas estrategias discursivas.

Las convenciones parecen ser menos conservadoras, y la tónica tendiente hacia la reflexión y la autocrítica gana terreno en análisis e informes. También parece que algunos autores están dispuestos a arriesgarse en la intertextualidad: escribiendo bajo la influencia de, y con el deseo de influir en, otros escritores (Clifford, 1986, p. 265). Sin embargo, parece que estos intentos de imprimir un sello personal en los textos, resultan todavía una excepción y no un estandar de producción.

Frente a una creación en estos campos que constituye, de fondo y forma, en su mayoría simples respuestas apuradas a una situación en continuo cambio; intervenciones más que posturas o aportes reales; “pequeños debates amplificadas por internet ...ensayismo de ocasión... impulsados por las condiciones de la producción ‘empresarial’ del conocimiento y

su difusión mercadotécnica” (García Canclini, 2001, pp. 1-2); otros autores se esfuerzan por ir más allá de los textos a los contextos y a la innovación en ambos ámbitos.

Una de las principales tareas del investigador social es escribir. “Sin duda el discurso es una forma de capital invertido en símbolos, transmisible, susceptible de ser desplazado, acrecentado o perdido” (De Certeau, 1986, p. 29), es decir, el discurso como un texto que organiza sentidos y como un objeto en la medida en que constituye él también un discurso.

En recientes trabajos en estas áreas, el contenido y la forma se han ligado íntimamente. Y su relación debe ser redefinida con el fin de elevar la calidad de la producción científica como tal. “Los ensayos aquí reunidos ... asumen que la poesía y la política son inseparables, que la ciencia está en, no sobre, los procesos históricos y lingüísticos. Asumen también que los géneros académicos y literarios se compenetran” (Clifford, 1986, p. 2).

Esta “literaturalización” de los escritos producto de investigación en lo social, aparece como mucho más que una cuestión de buena redacción o estilo. El proceso literario - metáfora, figuración, narrativa - tiene un efecto en las formas en que se registra el fenómeno cultural, desde las primeras observaciones -aproximaciones- hasta el libro completo, hacia las formas en que estas configuraciones hacen sentido en determinados actos de lectura. De esta manera, y al menos en principio, los hechos de la materia en cuestión, pueden mantenerse separados de las formas en que serán comunicados. Pero la dimensión literaria o retórica de estas disciplinas no puede mantenerse tan fácilmente compartimentalizada. Están activas en cada nivel de las ciencias de la cultura (p. 4).

Esta tendencia va más allá de la desmitificación de convenciones de representación que dominaron la escena en el pasado. Se trata de un ambicioso intento de influir en los estilos interpretativos de análisis del

pensamiento contemporáneo de lo social, a la manera en que se está realizando en algunas vertientes actuales de la etnografía (p. 263). La historia, por ejemplo, tiene un discurso interno (la historiografía propiamente) al que en los últimos tiempos se ha tratado de dar un aire literario distintivo, y cuyo objetivo es precisamente el discurso que relaciona los postulados y los resultados del análisis.

No se pretende proponer una uniformidad de estilo, ni siquiera el que hemos designado como literario, en los ensayos. Por el contrario, se trata de fomentar la diversidad. El pasado reciente y las prácticas presentes se reconstruyen en diferentes formas, enmarcadas en un compromiso por abrir sus posibilidades futuras. Valorar estrategias innovadoras en proyectos que enlacen el trabajo de campo, y de investigación en general, con la composición literaria. Problematizar también las expresiones textuales del conocimiento y no sólo las investigaciones que lo generan.

El aporte de insumos científicos para el avance del conocimiento y para un desarrollo social viable, requiere integrar ambas dimensiones: la investigación y la difusión de sus productos. Un replanteamiento de la relación dialéctica entre las dos dimensiones, donde alternen su carácter y su nivel de sustantiva e instrumental (sin que lo uno tenga menor o mayor valor que lo otro), en la medida en que el aporte tiene que ver con las dos y con la optimización de los medios de que ambas disponen.

4. Conclusiones

El momento histórico que vivimos demanda que todos los problemas que emergen de estas reflexiones sean tratados como atractivos alicientes y no como barreras desesperanzadoras.

Más allá de una nueva tendencia literaria, filosófica o artística, exige

desprenderse de cánones para hacer espacio a nuevas alternativas. Moverse hacia disciplinas más interpretativas y reflexivas; hacia discursos más comprometidos con sus sujetos, más literarios, dialógicos y de expresión mediática.

La experiencia de George Marcus le permite afirmar que en muchas carreras profesionales, el tipo de texto que un autor produce sobre una determinada tesis (o bien el fracaso en su intento de producirlo), es determinante en la formación de posibilidades de futuros proyectos a emprender (Clifford, 1986, p. 265). No obstante, muchos factores obstaculizan esta importante tarea. Los orígenes mismos de varias de las disciplinas en cuestión, se encuentran claramente ligados a la oralidad (la etnografía, la psicología social, psiquiatría, pedagogía, por ejemplo), lo cual dificulta la transición a la composición escrita. Sin embargo, la sorprendente diversidad de proyectos en que en la actualidad están inmersos los estudiosos de lo social, enmarca una demanda hacia sus profesiones de entrenamiento en la competencia de expresarse por escrito. El discurso escrito está de esta forma en el centro de los esfuerzos en investigación, tanto en el campo profesional como en el de la formación académica:

“El otro rostro del oficio es el visible ... en lo central es sencillamente capacidad de expresión. Así el oficio adquiere su doble forma, por una parte el desarrollo de la capacidad de lectura, de impresión del mundo exterior en el interior y, por otra, la fuerza expresiva y el dominio de sus formas, en la exteriorización textual de los configurando sobre la impresión. En medio de ambos procesos, el investigador, el etnógrafo como mediador comunicacional entre varios mundos que pueden ponerse en contacto por su oficio” (Galindo, 1998, p. 351).

Influyentes escritores en antropología han mostrado un gran interés en la teoría y práctica literarias. Por nombrar algunos: Clifford Geertz, Victor Turner, Mary Douglas, Claude Lévi Strauss, Jean Duvignaud y Edmund

Leach. En sus muy particulares y diferentes formas, estos autores han desvanecido las fronteras que separaban el arte de la ciencia (p. 3). Otros han puesto de manifiesto la fuerza reveladora de la literatura en el análisis de lo social. Por lo que la propuesta, más allá de un entrenamiento en el aula (o quizá además de), estriba en beneficiarnos al máximo de este tipo de experiencias que demandan de nosotros diferentes formas creativas y estilos sofisticados de exposición de los resultados del trabajo de investigación.

5. Bibliografía

Barthes, Roland (1984). "Jeunes chercheurs". En Le bruissement de la langue (pp. 97-103). París: Le Seuil.

Clifford, James and George Marcus (Eds.) (1986). Writing culture. U.S.A.: University of California Press.

De Certeau, Michel (1985). La escritura de la Historia. México: Universidad Iberoamericana.

Foucault, Michel (1989). L'archéologie du savoir. París: Gallimard.

Galindo Cáceres, Jesús (Ed.) (1998). Técnicas de investigación, en sociedad, cultura y comunicación. México: Adison Wesley Logman.

García Canclini, Néstor (2001). El malestar en los estudios culturales. Disponible en: <http://www.Sumario6.html>

Lourau, René (1989). El diario de investigación. Materiales para una teoría de la implicación. México: Universidad de Guadalajara.

Marcus, George and Michael M.J. Fischer (1986). *Anthropology as cultural critique*. U.S.A.: University of Chicago Press.

Ricoeur, Paul (1995). *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI.